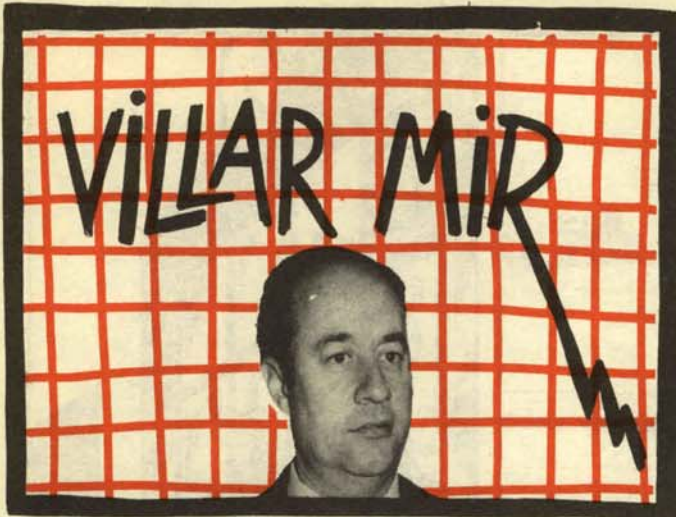


EL LOBO (MANCHESTERIANO) DE LA SEMANA



VICEPRESIDENTE

La protesta de Caperucita

HOMBRE, no, que ha dicho el señor Villar Mir, ministro de la cosa, que el obrero es delenda, más o menos, con el latinajo o sin el latijano, pero delenda, y eso aquí en el bosque no se lo pasamos, que ya decía la abuelita que ese señor Mir era un manchesteriano, y dice el

rojo que no, que lo que es un oligarca, o sea de Altos Hornos, que son unos hornos que tiene la oligarquía para asarse las castañas y que luego el Estado les saque las castañas del fuego.

El rojo y la abuelita hablan a través del armario, ella fuera y él den-

tro, y golpean la puerta con el puño, cuando se cabrean, y la abuelita sólo le abre cuando está con el celo o cuando quiere que la explique algún laberinto político de éstos que trae el periódico, un suponer el laberinto del discurso de Villar Mir, que no hay quien se aclare, porque si el obrero es delenda, señor Mir, usted es un manchesteriano y un oligarca, que creíamos que estaban ustedes ya en el otoño del oligarca, pero resulta que no, que ahora nos viene la oligarquía con todo el poder, a ver, y qué va a decir un señor que pasa de Altos Hornos al ministerio de los pobres, que es más bien el de los ricos. Pero hornos más altos han caído, señor Mir.

Si nos lo tiene dicho el rojo, cuando le sacamos del armario para que se meriende con nosotras las torrijas que le traigo yo a la abuelita, que no os fiéis, pequeñas mías, que éstos son una punta de oligarcas que nos van a asestar la democracia desde arriba, que educación tienen, eso sí, y modales, que para eso han ido todos a los jesuitas y a Deusto y a mayor gracia de Dios, que no son unos desaharrapados como los que se echaban al monte, ni lo arreglan todo a golpe de lucero, pero cuidado con ellos, que son iguales o peores, que los más finos son los más dañinos, y éstos nos van a arrear cada plusvalía que nos van a tener en un grito. Si sabrá el rojo lo que se dice, que él, aunque vive dentro de un armario, ha visto ya mucho en esta vida, que por su armario ha pasado la monarquía y la República y la guerra y

la Era de Franco y Tamames y otra vez la monarquía y se las sabe todas.

Sepa, señor Mir, que el obrero es delenda, pero honrado. ■ U.



La regañina de la abuelita

AY, ay, ay, que el diablo de la Caperuza va a acabar conmigo, que me ha metido a Villar Mir en el armario con el rojo y que se han puesto a darse achuchones cariñosos, que dice el rojo que el



señor ministro de Hacienda trabaja para el politburó con eso de echarle la culpa a los trabajadores de la inflación. Mal tercio le ha hecho al señor Fraga, es que la inocencia tiene estas quiebras, y más que no todo son Altos Hornos y beneficio ilustrado, Jesús, Jesús, que dice el señor Fraga que si los obreros se cabrean y se engallan en plan blasfematorio con eso de la plus valía que ya no manda la poli a hostiar al personal, que ahora hay que negociar, y al que Dios se la de, San Pedro se la bendiga. Se ve que el señor Villar Mir es un tecnócrata criado en el imperio, un pura sangre de la trascendencia económica, pobrico mío, si es que tuvo un pronto de metafísica keynesiana, un parálisis, y le salió la vena siderúrgica a la manchesteriano, santa Eulalia de Mérida, tú, a quién el tirano y déspota cortó los pechos virginales, no dejes de tu mano al inocente, que el rojo del armario ya me ha dicho que tres discursos más hablando del despilfarro obrero y esto se convierte en una célula, mejorando lo presente. Ay Villar Mir, hijo, que vas a tener menos porvenir que un submarino debajo de un grifo, arrapiezo, angelote mío, que el señor Fraga se ha pasado estos años estudiando la dialéctica, y zas, vienes tú, y le rompes el asunto de la tesis y de la antítesis, es que no has meditado los contextos, es que te has comportado al revés, macho, eres un contraproducente. Pero hombre de Dios, ¿no ves lo que dicen don Jesús Prados Arrarte y

La perdigonada del cazador

HABLANDO en plata se puede decir que la economía española está hecha unos zorros, talmente un comedero de patos. Ante esta situación cuentan que el Ministro de Hacienda, señor Villar Mir ha soltado un discurso realista, lleno de pesimismo. A mí en cambio, después de leído, me ha parecido un discurso optimista porque el ministro diagnostica nuestra enfermedad como muy grave y uno cree que se ha quedado corto, ya que la situación es gravísima. Pero él no tiene la culpa. El ministro apenas acaba de ser llamado a presidir este empastre económico y no tiene la culpa de nada. Lo malo es que, recién llegado, en vez de entrar con el bisturí o llamar al párroco con el viático se ha limitado a tomar el pulso y recetar un sopicaldo y un emplasto de harina de linaza a un enfermo que está pidiendo a gritos el quirófano y al que hay que dar los santos óleos en botiño. Aquí ha pasado lo de siempre: viene el ministro y dice que la cosa está fatal; y después de echar, con mentalidad de empresario, unas chinitas contra los salarios, promete arreglarlo todo. El señor Villar Mir nos promete luchar por el pleno empleo y el desarrollo sin inflación. ¡Pues qué bien! Aunque el ministro es muy listo y sabe que eso no lo va a conseguir. Pero él al menos ya ha salvado la cara.

Para sanar a ese enfermo, que está a un tiempo inflado y deprimido, no basta con decir que los salarios han crecido mucho, que hay que apretarse el cinturón, que esto es cuestión de todos y que la cosa está fatal. Lo que hay que hacer es dejar tranquilos a los obreros, que bastante trabajo tienen con acudir al tajo todos los días, y limpiar nuestra economía de esa panda de golfos especuladores insaciables, podar del árbol del presupuesto un ramaje de muchos miles de millones improductivos que van a parar a los enchufados y entrar a saco con la navaja en esa organización mafiosa de la oligarquía monopolística, que es donde radica el foco infeccioso de la inflación. Pero como esto el señor ministro no lo va a poder hacer, resulta que nos quedamos como siempre: un discurso realista reducido a música celestial, de modo que los de arriba seguirán con la violenta plusvalía y los de abajo con el salario congelado. Y así hasta que venga el carro de la basura. ■ V.



don Emilio de Figueroa, pongo como gente enterada, de que los salarios no tienen la culpa de que la cosa económica esté en un grito? ¿Pero tu cuanto te crees que gana el obrero y el funcionario tipo «mass media», y el covachuelista, y todos los demás a quienes descuentan el doce por ciento para pagarles lo poco que ganan? Y mira que el señor Zapico, que es un jefe de la cosa trabajadora te lo dijo una vez por la televisión, que yo lo ví, pues nada, a tí como si cantara un carro, erre que erre en tus trece, entregando al país al enemigo secular. ¡Ay que alma de cántaro esta! ¿Es que no te das cuenta, además, que vivimos un tiempo en el que los obreros han dejado de tener la culpa, por fin? ¡Huy que chico este, pero si parece que ha estudiado con don Javier Conde, que en paz descanse! ¡Qué pena tan grande! Al primer tapón, zurrapa. ¡Rojo, ven acá y no le des sahumero al señor Villar Mir, que no es compañero de viaje! Es que se equivocó. ■ L.



El roto